
Mamá y Guatemala

Silvia Solórzano Foppa

La imagen que tengo de mamá ha ido cambiando. Cuando después de su muerte supe cosas de ella, no era la madre que yo había conocido. Dentro de la familia, mamá era una figura muy fuerte, de mucho peso; determinaba lo cotidiano, el ritmo de la casa: la vida, pues, y también las formas, los cuadros, la música. A sus hijos nos involucraba en su mundo, en una parte del mundo intelectual y artístico de México, y dos de mis hermanos se fueron metiendo en eso: la música, el baile. Pero toda la militancia política y la nostalgia del exiliado, que determinaron que tres de los cinco hermanos regresáramos a Guatemala, y que nos llevó a comprometernos en la lucha revolucionaria, nos las inculcó papá.

Yo establezco mi primera relación con la guerrilla en 1971, y entonces empieza mi propio proceso de contradicciones y de definición, que se concretó en enero del 73, cuando me fui a Guatemala. Durante todo este tiempo, sólo Mario estaba participando, y antes de irme a Guatemala yo hablé con Juan Pablo, y lo dejé también emboletado. Todo esto en secreto: ni papá ni mamá lo sabían, por la necesidad de la clandestinidad, pues apenas se estaba creando la organización, y eso obligaba a reforzar estas medidas. En casa no sospecharon nada; mi ida se relacionó con mi necesidad de buscar mis raíces, etcétera. Además, como entonces en Guatemala públicamente no había ninguna organización revolucionaria, no había tampoco por qué pensar en eso. Recuerdo que, aunque la cuestión feminista era todavía muy incipiente, en ese tiempo mamá ya había empezado con el *Foro de la Mujer*, el programa de Radio Universidad. Todavía era algo muy propio de ella; como que estaba iniciándose y nosotros, en ese momento, no percibíamos transformaciones en ella. También recuerdo que en 75, cuando yo regresé a México por unos pocos días a inventar toda una historia que ocultara el hecho de que me iba a la montaña —la historia era que yo me iba a San Francisco a trabajar con los chicanos— me asombró ver en la mesa de noche de mamá el libro de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Su búsqueda

feminista la había llevado a consultar textos sociológicos y políticos. En esos días también se celebró el Año Internacional de la Mujer, de las Naciones Unidas, y ella estaba participando. Esos diez o quince días fueron muy tensos, porque para mí implicaban la separación total de mi familia porque no podía compartir con ellos la verdad, cosa que yo hubiera querido y que no fue posible. Además, en ese momento no era conveniente que se supiera en Guatemala que Mario tenía una hermana guerrillera, pues, como era una figura pública reconocida, él realizaba al mismo tiempo trabajo de inteligencia para la guerrilla. Esta decisión no me permitió un gran acercamiento con mamá en estas dos semanas, aparte de la dinámica intensa que ella ya vivía por este congreso de la mujer, pero ya noté cambios.

Después, nos dejamos de ver durante años. La correspondencia entre nosotras era muy esporádica. Las cartas muchas veces no llegaban, y además yo no sabía mucho de lo que estaba pasando del otro lado. No tenía idea de cómo caían mis cartas o cómo se asimilaban. Yo había encontrado un compañero, pero me resultaba difícil hablar de él, pues recordaba que para mamá nunca había una nuera o un yerno lo suficientemente bueno para sus hijos. Yo estaba convencida de que mi elección tampoco iba a ser de su total gusto, y recordaba sus prejuicios y exigencias anteriores. Además, la correspondencia era tan ocasional que no permitía un verdadero entendimiento, y para mí en ese momento era muy difícil percibir las transformaciones que mi madre estaba viviendo.

Mi hija Julieta nació en 1979. Cuando tenía tres o cuatro meses mamá y yo arreglamos encontrarnos una tarde en Guatemala. El encuentro fue muy corto, y lo que más recuerdo es cómo mamá hacía esfuerzos para acercarse a mi realidad de ese momento. No quería perturbar o desentonar, eso era evidente; a mí me llamó la atención que llegó sin anillos, sin aretes, sin maquillaje, con una modestia y una humildad enormes. Cuando digo humildad, también es porque ella iba a escuchar, no a preguntarme, sino a oír lo que yo tuviera que contar de mi vida, de mi experiencia, de las vivencias en el medio en que estaba.

Esa fue la última vez que pudimos estar juntas. Y aunque percibí un gran cambio en ella, hasta la fecha me asombra la imagen que hoy me devuelven las amigas y amigos de mi madre. Mis recuerdos de mamá están vinculados a cosas de cuando yo era niña, de la vida familiar y, sobre todo, a su labor como profesora de literatura italiana y como crítica de arte. Mamá hizo sus estudios secundarios y el bachillerato en Italia, y

eso la marcó. En casa pesaba mucho lo italiano. Recuerdo haberla oído hablar en esa lengua con sus amigos italianos. En mis primeros tiempos en la guerrilla, durante mi primer año de montaña, entre las cosas que yo más extrañaba estaba la música, y el gusto por la música definitivamente me lo inculcó ella. Ibamos juntas a los conciertos de los domingos en Chapultepec. Ese tipo de recuerdos pesan más que hechos muy significativos de toda su etapa de transformación. Mamá fue una madre tradicional con nosotros; por ejemplo, en lo relativo a la sexualidad, jamás nos supo decir nada, nunca. Por eso me asombra su proceso posterior, que la abrió tanto.

Cuando yo volví a México hace dos años me impresionó la dimensión de su presencia. Su imagen se mantiene viva, aunque en algunos casos, idealizada. Algo que me impactó desde su secuestro es el peso que tuvo en diferentes medios. Es impresionante constatar cómo la quería y la valoraba la gente, por diferentes razones o por diversos vínculos, si quieres. Como que lo cotidiano a veces te hace subestimar o no darle todo el valor que tienen a las personas cercanas y a sus actos. Para mí era cotidiano que mi mamá escribiera tres artículos por semana; yo así la conocí y era muy normal; y luego resulta que no es tan normal y que lo que escribía era reconocido, ya fuera sobre crítica de arte o sobre mujeres, o su misma poesía. Lo que no termina nunca de sorprenderme es el halo que existe alrededor de ella, y que me hace incluso hasta revisar un poco la diferencia entre la imagen que tengo yo de ella, con la que me ofrecen. A tu mamá la conoces comprando en el supermercado o dándote gusto y preguntándote si quieres comer zanahorias o calabacitas rellenas, pero no percibes otro tipo de cosas que sí valora el resto de la gente.

Cuando la secuestraron, me enteré por la radio. En ese momento, yo no tenía conciencia de sus transformaciones y desconocía el compromiso político que ella había asumido después de la muerte de Juan Pablo. Lo que sentí, desde el primer momento, fue que era algo irreversible, que no la iban a soltar. Conocía muy bien otros hechos similares, y el carácter del régimen de Lucas García era ése. Yo sentí un dolor muy profundo, muy mío y ahí lo tenía, y estaba pendiente de todo. En algunas estaciones internacionales de radio oí noticias, oí denuncias, y ahí empezó mi sorpresa de que el secuestro de mamá tuviera repercusión internacional. Pero al mismo tiempo, había otra realidad; en esos momentos, yo estaba en el norte del Quiché, me acuerdo muy bien, en una aldea fría, con una niebla que se levanta sólo pocas horas al día, y lo que estaba viviendo era

una vida diferente. En verdad, incluso en lo cotidiano, la muerte en esas partes se asume de otra manera. Es una de las cosas que a uno le impresionan al irse a meter a la montaña, cuando tú vas con una madre y nada más te dice “se murió mi hijo” y te lo dice así, sin manifestar sufrimiento, como se hace en otros medios; entonces, estar en ese marco me influyó. Además, desde el principio sentí que mamá estaba muerta, que no iba a sufrir más. En cambio, lo de Juan Pablo, que fue seis meses antes, lo sufrí mucho porque por un tiempo largo tuve la sensación de que estaba vivo, y eso sí es muy angustiante. Por eso la muerte instantánea de papá la viví con un dolor diferente, sin miedo ni angustia. Con mamá yo casi desde el principio sentí: “ya se murió”, y entonces te da como una calma muy dolorosa, pero calma; o sea, no es la angustia de saber que algo más le va a seguir pasando. Luego llegué a saber que a mamá la torturaron dos días y que luego murió. En esa situación, eso te da una cierta tranquilidad, porque tú sabes de lo que son capaces; hay gente a la que mantienen viva y torturándola por meses o años.

En el medio en que me encontraba no había espacio para un duelo prolongado ni muy evidente, porque las personas con quienes yo estaba habían sufrido hechos equivalentes o peores. Entre compañeros y compañeras a quienes les habían arrasado el pueblo entero, con todos sus familiares, amigos y conocidos, o con casos de torturas atroces, lo de mamá tenía una dimensión diferente. Entonces sientes una solidaridad, una hermandad muy especial: no eres la única a la que le sucede esto. Pero no sé; tanto en ese momento como en otros, que en lo personal han sido muy duros y muy dolorosos, la realidad te enfrenta a que la vida sigue. Y en Guatemala, en estos diez años, una de las cosas más impactantes es eso, cómo la vida sigue; cómo, a pesar de la brutalidad de la represión, la gente sigue participando. Por ejemplo, en agosto del año pasado, la G2 secuestró a diecinueve estudiantes, de la Coordinadora General de la Universidad de San Carlos (la Asociación de Estudiantes Universitarios). De los diecinueve, aparecieron cinco cadáveres, y los otros siguen desaparecidos. Y, sin embargo, a los pocos días surgen muchachos sin gran trayectoria que dicen “bueno, pues, ¿cómo seguimos?”

Esta ha sido la historia de los movimientos populares y la oposición política en Guatemala: el descabezamiento y el resurgimiento. Durante los años setenta, hay un auge tanto de manifestaciones populares en la ciudad de Guatemala como del desarrollo de las diferentes organi-

zaciones guerrilleras que se gestaron y organizaron. Para el final de los años 70 había un nivel importante de acción guerrillera. El incremento en la represión se inicia primero con la masacre de Panzós, en mayo de 1979, cuando asesinan a más de cien campesinos que se manifestaban pacíficamente. Después, en enero del 80, la masacre de la Embajada de España, que fue contra manifestantes de diferentes sectores populares que denunciaban la represión que se estaba dando en el interior del país, en el Quiché principalmente. El secuestro de mamá en diciembre del 80 es una de tantas barbaridades, una de las que a mí me tocan más cerca, pero no necesariamente la más terrible. En el 81 muere también Mario, y ese año la represión alcanza niveles de verdadero descabezamiento de todo el movimiento popular, sobre todo en la ciudad, en la universidad, en los sindicatos y en diferentes organizaciones populares. Después viene toda la política de tierra arrasada y masacres en diferentes áreas rurales de Guatemala, fundamentalmente en los departamentos del Quiché, Huehuetenango, Sololá, San Marcos. Entre 80 y 83 se da el punto culminante de la represión, un verdadero genocidio. La magnitud de la represión llevada a cabo por el ejército, tanto con Romeo Lucas en el 80-81, como después con Ríos Mont en 82-83, significó decenas de miles de muertos, tanto para la ciudad de Guatemala como para el área rural. Se habla de decenas de miles de muertos, es difícil tener una cifra; a veces se habla de veintisiete mil muertos y un millón de desplazados, o sea de población que tuvo que huir de sus lugares de residencia, algunos hacia la montaña, otros a otros lugares del país, otros a la capital, además del cuarto de millón que cruza las fronteras, principalmente hacia México, pero también a Belice o a Honduras.

Este es un periodo de terror que marca definitivamente al pueblo de Guatemala y que modifica toda la organización de la sociedad, porque implica la militarización total del país. Esta militarización implica el control del ejército sobre la población civil, con el establecimiento de mecanismos como las aldeas modelo y las patrullas civiles. Este control permanece hasta el día de hoy, con un menor grado de brutalidad en algunos casos, pero igual de arbitrario. El propio gobierno reconoce hasta sesenta mil personas en las aldeas modelo. Todavía hoy hay denuncias de organizaciones populares como el Comité de Unidad Campesina (CUC), como los cristianos, que dan nombres, listas de la gente que sigue siendo capturada y llevada a la fuerza a las aldeas modelo. Estas se iniciaron justo en los inicios de los años 80 y son lugares donde la pobla-

ción está bajo control, su movilización, su producción: no tienen libertad ni siquiera de la elección del cultivo. En varias aldeas los campesinos no han tenido autorización de sembrar maíz y frijol, sino que siembran frambuesas y espárragos para la exportación. Supuestamente, esto es parte de las soluciones económicas para el país, pero en verdad es un proyecto de desculturización (por eso el gobierno las llama también campos de reeducación), porque se afectan cuestiones fundamentales de la cultura indígena, como la siembra del maíz. El maíz es parte integral de la cultura indígena, pues además de ser alimento básico en la tortilla, su cultivo y cosecha implica ritos, fiestas y ceremonias. Además, en las aldeas, los militares mezclan diferentes grupos étnicos, lo cual no es por fuerza negativo, pero sí afecta culturalmente, pues impide el desarrollo de determinadas actividades comunales. Hay aldeas modelo donde se hablan tres o cuatro lenguas, y eso crea obstáculos para la comunicación y la organización.

Para entender mejor el asunto de las aldeas modelo hay que comprender que una parte de la población prácticamente se ha rendido y se ha entregado al ejército. Esta “entrega” es por el hostigamiento, el acoso y la persecución del ejército, lo que en un momento dado se traduce en hambre, agotamiento, enfermedad. Pero no hay que olvidar que también hay sectores de la población que siguen en las montañas y que se han organizado de diferentes formas y que sobreviven bajo el acoso, y el permanente bombardeo del ejército. Nunca antes había habido un bombardeo tan intenso contra la población civil como en los últimos tres años del gobierno “civil” de Cerezo.

Otra forma de la militarización consiste en la organización forzada de todos los hombres adultos en patrullas civiles bajo la autoridad del ejército. Estas patrullas cumplen más o menos tareas paramilitares, de patrullaje, de vigilancia, de rastreo en las montañas. Funcionan como una muralla de seguridad para el ejército, pues ponen a los civiles como escudo, además de que explotan su trabajo: los ponen a abrir trincheras, a construir carreteras, a realizar vigilancias nocturnas. El trabajo de las patrullas varía, según la región del país hay mayor o menor exigencia, pero lo obligatorio es que todos los hombres adultos tengan tantos turnos nocturnos o tantos días de trabajo gratuito al servicio del ejército.

Esta ha sido una década muy difícil para el pueblo de Guatemala. Recientemente se intenta la recuperación, el sanar algunas heridas — algunas, porque otras están terriblemente abiertas todavía— y esto ha

llevado a la búsqueda de nuevas formas de organización, nuevas formas de defensa, nuevas formas de lucha del pueblo guatemalteco. El gobierno, después de este periodo de masacre y de genocidio, que le significó el aislamiento y el repudio internacionales —porque las condenas de diferentes organizaciones de derechos humanos y las denuncias en Naciones Unidas no cesaban—, tuvo que recuperar imagen, y la fórmula ideal, que ya había sido utilizada en otros países de América del Sur, era tener un gobierno civil. Entonces, en 86 se da la llegada de Vinicio Cerezo, que para amplios sectores del pueblo guatemalteco significó una esperanza de cambio de la situación. Pero ésta fue una esperanza que tuvo corta vida, pues el control del país siguió bajo los militares, con la complicidad del gobierno civil, que estuvo dispuesto a ser sólo una fachada. En lo internacional, la esperanza duró más tiempo, pues hay mecanismos institucionales que ayudan a mantener cierta imagen.

Aunque la política de terror ha surtido efecto en muchas personas, ahora la población le ha ido buscando cada vez más modalidades a la oposición, con nuevas organizaciones populares que luchan por la paz y el respeto a los derechos humanos. Aunque la lucha por la defensa de los derechos humanos la inició el Grupo de Apoyo Mutuo (GAM) en el 74, todavía durante los gobiernos militares, hoy ha cobrado una dimensión diferente. Ahora el GAM se ocupa de desenterrar cementerios clandestinos, donde encuentran fosas comunes con veintitrés cadáveres, con cuarenta cadáveres, y el gobierno se justifica con que eso corresponde a otra etapa. Pero ahora se pide la investigación y el juicio a los culpables de las desapariciones.

El gobierno civil no hace lo que correspondería, que sería la investigación y el juicio, y de hecho persiste la desaparición con los secuestros. Cerezo no modificó nada, y continuó con la militarización de la población civil en el campo. Pero muchos de los que están todavía en las aldeas modelo le perdieron el temor a la autoridad militar inflexible porque han encontrado formas de lucha legal. La resistencia de quienes están obligados a participar en las patrullas ha logrado disminuir la presión del ejército, y hay todo un espacio que han ganado y lo han defendido a costa de algún dirigente secuestrado, alguno asesinado. Las patrullas civiles van hasta la capital pero dicen “pues no queremos ser patrullas”. Ya hay lugares donde las patrullas civiles han ganado su derecho a producir lo que quieren y hay lugares donde han peleado, incluso se han sublevado, planteando “aquí hay un artículo 34 de la Constitución que

ciones para los que están llevando “el peso principal” de la guerra, los militares que están en la montaña, y argumentan que la ayuda militar extranjera hace falta y que es necesaria una mejor atención médica para los soldados heridos.

La guerra continúa y a finales de marzo de 1990 el gobierno estuvo dispuesto a reiniciar el diálogo con la guerrilla. Las elecciones de este año pesan en esta decisión. Para la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) la situación electoral en Guatemala oculta problemas de fondo. Después de un diagnóstico de la militarización, de la crisis económica, de la falta de libertades, la URNG se plantea que tiene que haber un cambio profundo en Guatemala, no simplemente elecciones, sino que hay estructuras que definitivamente tienen que ser modificadas. Pero la URNG no pretende tener “el modelo” a implantar en Guatemala, porque, en primer lugar, no se trata de reproducir el esquema de otros lugares; Guatemala tiene sus propias características que no se parecen ni siquiera a las de otro país centroamericano ni latinoamericano. Por eso ya antes de Esquipulas II, la Comandancia General de la URNG había planteado públicamente la necesidad de un diálogo nacional como punto de partida. Tiene que haber un diálogo nacional en donde los diferentes sectores expresen, en primer lugar, sus reivindicaciones. Es necesario discutir y puntualizar una serie de aspiraciones, por ejemplo, qué quiere decir hablar de reforma agraria, cómo concebimos la reforma agraria para Guatemala. Pero la URNG no tiene la fórmula mágica; por eso los demás sectores deben expresarse. A raíz de Esquipulas II se creó la Comisión de Reconciliación Nacional y se inició el diálogo nacional, pero el foro que se dio quedó trunco porque no estaban presentes fuerzas determinantes dentro de la sociedad guatemalteca, como la burguesía (que se retiró), el ejército y la guerrilla. Siempre se habló de los grandes ausentes; por lo tanto, de los resultados limitados que podían salir de este foro que, sin embargo, resultó fructífero y positivo. De verdad fue un foro de intercambio, de conocimiento recíproco; de repente resultaba que había una organización de campesinos y otra de pobladores y, que compartían cuestiones similares pero que nunca antes habían encontrado el espacio para constatar sus reivindicaciones comunes. En función de este diálogo, de esta apertura, la URNG ha venido trabajando en los últimos años; ha habido contactos bilaterales, y Oslo sería un paso concreto en este sentido. Uno de los acuerdos del diálogo de Oslo es el encuentro de la URNG con los diferentes partidos y fuerzas políticas de

ciones para los que están llevando “el peso principal” de la guerra, los militares que están en la montaña, y argumentan que la ayuda militar extranjera hace falta y que es necesaria una mejor atención médica para los soldados heridos.

La guerra continúa y a finales de marzo de 1990 el gobierno estuvo dispuesto a reiniciar el diálogo con la guerrilla. Las elecciones de este año pesan en esta decisión. Para la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) la situación electoral en Guatemala oculta problemas de fondo. Después de un diagnóstico de la militarización, de la crisis económica, de la falta de libertades, la URNG se plantea que tiene que haber un cambio profundo en Guatemala, no simplemente elecciones, sino que hay estructuras que definitivamente tienen que ser modificadas. Pero la URNG no pretende tener “el modelo” a implantar en Guatemala, porque, en primer lugar, no se trata de reproducir el esquema de otros lugares; Guatemala tiene sus propias características que no se parecen ni siquiera a las de otro país centroamericano ni latinoamericano. Por eso ya antes de Esquipulas II, la Comandancia General de la URNG había planteado públicamente la necesidad de un diálogo nacional como punto de partida. Tiene que haber un diálogo nacional en donde los diferentes sectores expresen, en primer lugar, sus reivindicaciones. Es necesario discutir y puntualizar una serie de aspiraciones, por ejemplo, qué quiere decir hablar de reforma agraria, cómo concebimos la reforma agraria para Guatemala. Pero la URNG no tiene la fórmula mágica; por eso los demás sectores deben expresarse. A raíz de Esquipulas II se creó la Comisión de Reconciliación Nacional y se inició el diálogo nacional, pero el foro que se dio quedó trunco porque no estaban presentes fuerzas determinantes dentro de la sociedad guatemalteca, como la burguesía (que se retiró), el ejército y la guerrilla. Siempre se habló de los grandes ausentes; por lo tanto, de los resultados limitados que podían salir de este foro que, sin embargo, resultó fructífero y positivo. De verdad fue un foro de intercambio, de conocimiento recíproco; de repente resultaba que había una organización de campesinos y otra de pobladores y, que compartían cuestiones similares pero que nunca antes habían encontrado el espacio para constatar sus reivindicaciones comunes. En función de este diálogo, de esta apertura, la URNG ha venido trabajando en los últimos años; ha habido contactos bilaterales, y Oslo sería un paso concreto en este sentido. Uno de los acuerdos del diálogo de Oslo es el encuentro de la URNG con los diferentes partidos y fuerzas políticas de

Guatemala, además del diálogo con gobierno y ejército. Así, se abren nuevas posibilidades para encontrar soluciones políticas a la problemática del país.

En noviembre tenemos elecciones y no creemos que en tan poco tiempo se vaya a dar una solución ni un cambio en la sociedad guatemalteca. El hecho de que estemos participando y planteando el diálogo con los demás sectores, así como la creación de un frente amplio, no es porque pensemos que las elecciones van ser la solución del momento. La situación del país es muy complicada. Tenemos una realidad interna tan específica y tan crítica que, aunque nunca se puede aislar totalmente a un país de lo que está sucediendo en su región, yo me atrevería a afirmar que casi no nos afecta lo de Nicaragua. Aunque para los revolucionarios, el compartir ideales con la revolución sandinista era importante, la realidad interna del país pesa de tal manera que no modifica nuestros planteamientos. Tal vez los grupos de derecha se sientan fortalecidos o envalentonados por el desenlace en Nicaragua, pero las fuerzas populares les recuerdan día con día lo que está pasando en Guatemala.

Como no ha habido una reorganización de fuerzas ni se ha dado el surgimiento de una opción verdadera, las elecciones no van a funcionar. La situación actual refleja una falta de consistencia y de posibilidades de ofrecer algo concreto. El candidato oficial ha sido permanentemente desprestigiado por su vínculo con el narcotráfico, y aunque han surgido una gran cantidad de partidos (hay diecisiete o diecinueve partidos políticos en este momento en Guatemala), la mayoría no tiene ninguna solución real que ofrecer ni posibilidad real de ganar; además, el partido oficial tiene muy pocas posibilidades de mantenerse. No es que deseche las elecciones por sí mismas, pero en Guatemala es otro proceso el que tiene que darse para que sean reales. No puede hacerse un símil entre elecciones y democracia, y en Guatemala no existen instancias democráticas básicas. La construcción de un proceso democrático no es un proceso electoral. Eso es simplificar. Nosotros no lo entendemos así y Cerezo es la mejor prueba de que las elecciones democráticas no garantizan ni los derechos humanos básicos. Pensamos que las elecciones pueden ser un recambio, pero mientras no haya otro tipo de fuerza, de frente político que logre transformar y modificar estructuras, que logre acabar con la falta de institucionalidad, no va a haber democracia. Porque la democracia tiene que estar basada en instituciones que la respalden, que la garanticen, y las actuales no la garantizan, las actuales la niegan.

Todavía no puede predecirse cómo se va a ir dando esa transformación para el caso de Guatemala. Ojalá sea por el diálogo y la discusión, pero si se cierran esos espacios, hay otras opciones. La certidumbre que tenemos es que nadie nos lo va a dar, más que nosotros mismos. Por eso, a pesar de las condiciones en que se vive bajo el control del ejército, se plantea la resistencia. Nadie nos va a venir a regalar nada y compartimos la certeza de que en Guatemala conseguir los mínimos de vida, de dignidad, de democracia, pasa por no abandonar la lucha. Desgraciadamente, parece que el precio que se ha pagado no ha sido suficiente. Pero como todavía la población no alcanzado esos mínimos, la incorporación de los jóvenes es creciente. En una unidad de la guerrilla, lo mismo ves muchachos que muchachas, quichés que canjovales, todos de dieciséis diecisiete años, algunos con una disposición absoluta de quedarse ahí hasta que se consigan esos mínimos, otros encontrando modalidades de participación temporal. Por ejemplo, una muchacha dice: "pues yo quiero estar aquí dos años porque después quiero tener un hijo y después participo de otra forma". Cuando yo me incorporé, hace veinte años, te ibas a la montaña y eso suponía renunciaciones absolutas, incluso a la maternidad. Pero afortunadamente eso ha cambiado y yo creo que son señales muy positivas del movimiento revolucionario de Guatemala, que ha madurado y que han flexibilizado las modalidades de participación. El concepto tan profundo y tan arraigado de "guerra popular revolucionaria" implica la participación de diferentes sectores, cada uno con sus particularidades de familia, de etnia, de necesidades económicas, de aspiraciones, de reivindicaciones. Los jóvenes indígenas, que están ahí en el campamento de la guerrilla entrenándose, y dispuestos a cualquier sacrificio, están pensando al mismo tiempo cómo le van a hacer para fabricar una marimba, y esperan el sábado porque van a llegar a un lugar donde hay una marimba y quién les enseñe a tocarla. Y las compañeras guardan como reliquia su huipil que tienen hace años para que no se pierda, para que se conserve y para que sus hijas aprendan el diseño del verdadero huipil. Esa confianza que tienen en que la vida sigue, te da fuerza, porque también es confianza en nuestra lucha por un futuro mejor. Por eso, cuando comentas lo que pasó en Nicaragua dicen, "bueno, pues eso fue allá, eso es otro proceso y qué lástima, pero eso no nos cambia a nosotros y mientras haya que seguir adelante, seguiremos".

Entrevista: Marta Lamas, mayo de 1990.